

MENSAJE DE NAVIDAD 2014.

Hermanos: presbíteros, diácono permanente, religiosos (as), seminaristas y laicos.

María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de la esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios (EG 286).

La encarnación del amor de Dios en su Hijo Jesucristo, abrió el camino para que todos los hombres y las mujeres de buena voluntad experimentemos su paz y su gloria. El Adviento, la Navidad y la Epifanía, son un tiempo de gracia para que los seres humanos, como esposos y padres de familia, como hijos y hermanos, como amigos y compañeros de escuela y de trabajo, como sacerdotes, religiosos (as) y seminaristas, o en cualquier otra situación de vida, renovemos nuestra fe en este misterio del amor del Padre, para que así como llenó plenamente de su Espíritu Santo la persona de María y de José, nos llene a nosotros sus discípulos misioneros, a quienes ahora corresponde, encarnar su Palabra en nuestra persona, a fin de servir a todos en la caridad, sobre todo a quienes más lo necesitan.

En la actualidad, la vida de las personas, las familias, la Iglesia y la sociedad, enfrenta serios desafíos en la práctica de la justicia, el respeto a la vida y a la dignidad humana. Dios quiere que los superemos con las armas de la fe, pues humanamente hablando, nos damos cuenta que muchos de estos desafíos rebasan el potencial de los recursos, que se invierten con la intención de contrarrestar la delincuencia, el crimen organizado, la corrupción, el narcotráfico y la inseguridad. Sin embargo, pareciera que a la mayoría de los hombres y las mujeres de esta nueva época, les resultara fácil y cómodo hacer un lado a Dios en sus vidas y en todo lo que con mentalidad autosuficiente emprenden. Urge que como Iglesia Diocesana de Atlacomulco, contemplemos e imitemos la entrega y la generosidad de María la Virgen, madre de todos, quien nos da a Jesús, el fruto de su vientre, para que como ella, al encontrarnos con Él, seamos hombres y mujeres que en pie de lucha contra el mal, busquemos la solidaridad con todos los que aman la unidad y la paz del Dios que viene a salvarnos.

Invito a todos los niños, los adolescentes, los jóvenes, los adultos y los adultos mayores a dejarse llenar del Espíritu del Adviento, la Navidad y la Epifanía, Espíritu que purifica y fortalece y hace superar todo miedo y condicionamiento. Adoptemos el estilo de la santísima Virgen María, que el Evangelio llene nuestra vida para que con gozo y alegría lo llevemos a los demás. Tengamos presente, que cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque *derribó de su trono a los poderosos y despidió vacíos a los ricos (Lc 1, 52.53)* es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Ella como mujer orante y

trabajadora, es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás *sin demora* (Lc 1,39). Es nuestro modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo (cfr. EG 288).

Muchas felicidades

El Señor es nuestra Paz

+Juan O. Martínez García

Obispo de Atlacomulco.

MENSAJE DE CUARESMA Y PASCUA 2014

Hermanos, presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas, hermanas y hermanos laicos, les saludo fraternalmente en Jesús, el Buen Pastor, quien durante el Camino Cuaresmal y la Cincuentena Pascual, nos concede la gracia de imitar de modo especial sus actitudes, al servicio de la “vida plena” de los enfermos, los hambrientos, los migrantes, los pobres y los pecadores.

La Cuaresma y la Cincuentena Pascual, constituyen un tiempo favorable para intensificar en nosotros el seguimiento del Señor Jesús, quien continuamente nos invita a emprender con Él, el camino de su pascua hacia la Vida, camino que incluye la cruz y la renuncia, lo cual resulta incómodo pero no estéril. Ojalá que mediante la escucha de la Palabra de Dios, la oración, la vida sacramental y las buenas obras, caigamos en la cuenta que en nuestra persona, en nuestra familia, en la Iglesia y en la sociedad, hay mucho que cambiar, que requiere un viraje, una auténtica conversión. Para ello, es necesario que incrementemos nuestro espíritu de servicio, ofreciendo lo mejor de lo que somos y hacemos, para que los otros sean felices.

El Señor Jesús nuestro único modelo a imitar y a seguir, nos comunica su misma vida y se pone al servicio de la vida, testimonios claros de ello, los observamos cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10, 46-52), cuando dignifica a la samaritana (cf. Jn 4, 7-26), en el momento en que sana a los enfermos (cf. Mt 11, 2-6), al alimentar al pueblo hambriento (cf. Mc 6, 30-44), al liberar a los endemoniados (cf. Mc 5,1-20). En su Reino de vida, Jesús incluye a todos: come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11,19); toca a los leprosos (cf. Lc 5,13), deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7, 36-50), de noche, recibe a Nicodemo para invitarlo a nacer de nuevo (cf. Jn 3, 1-15). Invita a sus discípulos a la reconciliación (cf. Mt 5,24), al amor a los enemigos (cf. Mt 5,44) y a optar por los más pobres (cf. Lc 14, 15-24) (cf. DA 353).

Hermanas y hermanos, aprovechemos los tiempos litúrgicos de la Cuaresma y de la Pascua, para dirigir nuestra mirada a los ojos y al corazón, a la boca y a los oídos, a las manos y a los pies de Jesús, que se acerca ahora a nosotros, porque quiere que, al permitirle ser el Señor en nuestro modo de pensar, de actuar y de vivir, prolonguemos como Iglesia Diocesana en su nombre, todo lo que en la actualidad desea llevar a cabo mediante nuestro servicio, en la persona de los hombres y las mujeres que más sufren. Conscientes, de que Jesús se identifica con los pobres, los hambrientos, los sedientos, los forasteros, Participemos con Él, en la alegre esperanza de que cuanto hagamos en su nombre por uno de nuestros hermanos, por Él lo hacemos (cf. Mt, 40). Tengamos siempre presente, que el amor a Dios y el amor al prójimo se funden entre sí, pues en el más humilde, encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios (cf. DCE 15).

Que acompañados de María, nuestra Madre llena de compasión y de ternura, celebremos la Cuaresma y la Pascua en este año 2014, con la alegre esperanza de alcanzar de Dios, la gracia de la transformación de nuestra vida personal, familiar, parroquial y diocesana. De modo que, por la conversión y la fe en el Evangelio, obtengamos la fortaleza y la valentía, para participar desde la caridad, en la reconstrucción de la vida humana,

empezando con aquellos que están más cerca de nosotros, con quienes compartimos la vida diaria, a fin de que por nuestras actitudes de bondad y caridad, experimenten por nuestro testimonio, la salvación que Cristo nos adquirió por su muerte y resurrección.

Que *el Señor nuestra Paz*, les conceda crecer en su amor misericordioso y ser testigos alegres, de la gloria de su resurrección.

+Juan O. Martínez García
Obispo de Atlacomulco.

MENSAJE DE NAVIDAD 2012.

Hermanos: presbíteros, diáconos, religiosos (as), seminaristas y laicos.

Fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios (Heb. 12, 2).

La misma alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de la Encarnación (PF 13).

Al celebrar el Misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, durante el tiempo litúrgico del Adviento, Navidad y Epifanía, recibimos de Dios la Gracia de poder profundizar nuevamente, nuestra fe; a fin de que nos encontremos con la Palabra hecha carne.

El Padre, por su Hijo hecho hombre, viene a nuestro encuentro, permaneciendo siempre fiel y cercano a nosotros, para que por su Espíritu seamos capaces de encarnar su amor en nuestra realidad actual.

A ejemplo de nuestros padres en la fe que, creyeron, esperaron, amaron y anunciaron con su testimonio el acontecer del Misterio revelado en Jesucristo, al grado de donar su vida como ofrenda agradable; hoy nosotros, discípulos y misioneros de Jesucristo, vivamos también nuestra fe reconociéndolo como único Señor, de la vida y de la historia.

Este año de la fe, en comunión con el sucesor de Pedro, iniciamos un camino que nos permite recomenzar desde Cristo, y así también conocernos mejor a nosotros mismos. Itinerario estimulante, dado que nos propone reconocer la presencia del Evangelio del Padre en las circunstancias que se nos presentan en lo cotidiano de la vida. Es un inicio rico y denso, decisivo para la Iglesia; en tiempos complejos como los actuales, es un camino para que la fe llegue a ser nuestra y para que incida en la historia. Es un *Kairós*: tiempo sagrado, para renovarnos como Iglesia a través del testimonio ofrecido por la vida de todos los que creemos y los llamados a creer.

Como Iglesia Diocesana de Atlacomulco, vivamos este año de la fe en la esperanza de que la luz del Sínodo, acerca de la Nueva Evangelización, ilumine los procesos pastorales que hemos venido trabajando, de modo que seamos una Iglesia particular que viva la experiencia de un nuevo pentecostés, que experimente la necesidad de salir al encuentro de las familias, las comunidades y los pueblos, para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de sentido, de verdad y amor, de alegría y de esperanza (Cfr. DA 548).

Inspirados por las palabras del Papa Benedicto XVI, practiquemos la caridad como el signo excelente de conversión personal y parroquial, porque *la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin la fe sería un sentimiento constante a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir el camino* (PF 4).

Que esta Navidad, sea un impulso para que todas las iniciativas pastorales, en nuestra Misión permanente, nos ayuden a redescubrir los contenidos de la fe profesada,

celebrada, vivida y orada, que Jesucristo nuestra paz, nos ha ofrecido a lo largo de la historia de salvación.

Con María, la Madre del Rey de la paz, disfrutemos la alegría del Dios con Nosotros.

FELICIDADES.

+Juan O. Martínez García
Obispo de Atlacomulco.

MENSAJE DE CUARESMA Y PASCUA 2012

Ante todo, tengan entre ustedes intenso amor, pues el amor cubre multitud de pecados. Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios (1Pe 4, 8.10).

Hermanos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, seminaristas, y hermanas y hermanos laicos, que viven la comunión con su servidor, a quien indignamente le corresponde representar a Jesucristo Cabeza y Pastor entres ustedes, en esta amada Iglesia Diocesana de Atlacomulco.

Me dirijo a ustedes, al iniciar el camino cuaresmal en este año litúrgico 2011-2012, invitándoles a que dejemos actuar al Espíritu Santo, en nuestras personas, en nuestras familias y en nuestras comunidades, durante la Cuaresma y la Pascua, como momentos favorables de gracia y de salvación, para estrechar más nuestra amistad con Jesucristo vivo, a través de su Palabra y de su acción sacramental, conforme a lo que nos hemos propuesto, para profundizar y celebrar con dignidad nuestra Liturgia.

Con la luz de la Palabra de Dios, en estos dos versículos del capítulo cuarto de la primera carta del apóstol Pedro y en consonancia con el mensaje cuaresmal de su Santidad Benedicto XVI, inspirado en Hb 10,24: *fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras*. Emprendamos nuestro camino hacia la Pascua, guiados y acompañados por el mismo Espíritu que condujo a nuestro Señor Jesucristo al desierto; internémonos con Él, mediante la oración, el ayuno y la caridad, en lo secreto de nuestra vida personal, de nuestro ambiente familiar, parroquial y diocesano, donde realizamos la diversidad de actividades que cada uno desempeñamos, de acuerdo al don que hemos recibido para bien de los demás.

Animados por este mismo Espíritu, vivamos los 40 días de la Cuaresma y los 50 días de la Pascua, esforzándonos por renovar interior y exteriormente nuestra vida de hombres y mujeres,

regenerados y capacitados en Cristo desde el día de nuestro bautismo, para conocer, celebrar y disfrutar su misterio redentor y salvador, por el cual el Padre por su Espíritu Santo nos ha revelado la totalidad de su Amor.

Como padre, amigo y pastor, les exhorto a ir más allá de lo que pudiera ser una mera repetición anual de prácticas devocionales y acciones culturales, abramos nuestra mente y nuestro corazón al amor misericordioso de Dios, que da verdadero sentido a todo lo que programamos y hacemos, para motivar nuestro permanente proceso de conversión.

Hermanas y hermanos: sumerjamos nuestra débil capacidad de amar, en el Misterio Pascual de nuestro Señor Jesucristo, fuente inagotable del único Amor que nos libera del pecado y de la muerte eterna, dejémonos educar y formar por Él, para que auxiliados por su gracia, seamos capaces de servir con mayor generosidad a nuestros semejantes, poniendo en juego las capacidades y los carismas que cada uno hemos recibido, a fin de que fortalecidos en nuestra dignidad de hijos de Dios, continuemos participando con nuestra fe y nuestras buenas obras, en la construcción de la cultura de la solidaridad y del amor. Enfrentemos con valentía, las actitudes de injusticia, soberbia y egoísmo, que en ocasiones nos ciegan y paralizan, con el riesgo de estancarnos en una permanente omisión.

Reconciliémonos con Dios y con nuestros hermanos, no nos cansemos de hacer el bien. Que ningún mal debilite nuestro anhelo de justicia, de paz y de amor, seguros de que nuestra fe vence al mundo y nos mantiene en la firme esperanza de la única salvación, que se obtiene por la participación en misterio de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Animémonos unos a otros en este itinerario pascual, estrechando más los vínculos de comunión y servicio, sobre todo, con quines más dificultad tienen para creer y contemplar el anuncio gozoso de la Vida Nueva surgida de la Pascua, como único objetivo de la existencia del seguidor y discípulo de Jesús.

Atacomulco, Méx., Febrero de 2012

+Juan O. Martínez García
Obispo de Atacomulco

MENSAJE DE NAVIDAD 2011

Hermanos: sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos.

Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo: El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre (Flp 2,5-7).

La esperanza y la alegría que en este bendito tiempo de Adviento, Navidad y Epifanía experimentamos como Iglesia Diocesana de Atlacomulco, por los logros alcanzados en las distintas actividades de nuestra misión pastoral, nos motivan a valorar la generosidad y entrega con que cada uno está participando, de acuerdo al don que de Dios ha recibido, en orden al bien común.

Con motivo de la celebración de estas fiestas litúrgicas, en las que iluminados por la Palabra de Dios, oramos, reflexionamos y meditamos los misterios de la encarnación, el nacimiento y la manifestación al mundo del Hijo de Dios hecho hombre. Como indigno representante de Jesucristo Cabeza y Pastor, les comparto el gozo y la felicidad que me causa el ejercicio del ministerio episcopal, que en comunión con todos ustedes realizo como servidor del Evangelio en esta Iglesia Particular.

En el ambiente de gracia y de salvación, propio de este ciclo litúrgico, les invito a intensificar esfuerzos, para que nuestras debilidades y pecados personales y comunitarios, no nos impidan cooperar con la acción del Espíritu Santo, en el proceso de nuestra conversión personal y pastoral, a fin de que seamos personas en quienes se actualicen los frutos de nuestra redención, inaugurada por la encarnación de nuestro Señor Jesucristo en las entrañas virginales de María.

Ante el cambio de época que vivimos en la Iglesia y en el mundo, es necesario que como signo de nuestra conversión personal y pastoral, nos despojemos de todo capillismo, subjetivismo y protagonismo pastoralista, continuando como discípulos misioneros con mayor iniciativa y creatividad, la aplicación de nuestro Plan Diocesano de Pastoral, en el cual el Señor nos muestra el camino a seguir para que la pastoral de nuestra Iglesia Diocesana sea orgánica, integral y de comunión.

Hermanas y hermanos: el Adviento, la Navidad y la Epifanía, son momentos oportunos, para que desde el inicio de un nuevo año litúrgico y de un nuevo año civil, que muy pronto inauguraremos, vayamos como los pastores y los magos a Belén, al hogar de Jesús, María y José. Sólo en esta escuela de la fe, la esperanza y el amor, se puede profundizar la experiencia del encuentro con Jesucristo el Hijo de Dios hecho hombre, de quien nosotros recibimos gracia sobre gracia, y en quien también nosotros hemos llegado a ser hijos de Dios. Dejemos que por la acción de su Espíritu Santo, sus sentimientos de amor a la vida, a la verdad, a la justicia y a la paz, se hagan presentes en nosotros como hombres y mujeres de buena voluntad, que hemos contemplado su gloria, dispuestos a dar testimonio de lo que vemos y escuchamos, para que las sombras de muerte, angustia y desesperanza de nuestro mundo actual se vayan superando, conforme a lo anunciado por el profeta: **el**

pueblo que caminaba en tinieblas vio una grande luz; sobre los que habitaban en tierra de sombras brilló un intenso resplandor (Is 9,1-2).

EL SEÑOR ES NUESTRA PAZ

**+Juan O. Martínez García
Obispo de Atacomulco.**

MENSAJE: PRIMER CONGRESO EUCHARÍSTICO DIOCESANO
20 al 21 de julio de 2011

Tomando en cuenta que la renovación litúrgica en nuestra Iglesia, ha acentuado la dimensión celebrativa y festiva de nuestra fe cristiana, centrada en el Misterio Pascual de Cristo Salvador, de modo especial en la Eucaristía (cfr. DA 99b), es muy oportuno que ante la piedad eucarística de nuestro pueblo, expresada y celebrada en los congresos parroquiales y decanales, que oportunamente se han llevado a cabo; realicemos nuestro Primer Congreso Eucarístico Diocesano, en la alegría de que como Iglesia Particular de Atlacomulco, estamos invitados a profundizar en nuestra experiencia para creer, celebrar y vivir nuestro encuentro con Jesucristo vivo, presente en la Eucaristía, fuente y cumbre de la evangelización y centro de la vida de toda la Iglesia.

Queridos hermanos: les invito a participar de la mejor forma posible, a fin de que nuestro primer Congreso Eucarístico Diocesano, nos impulse a responder con generosidad al llamado que Jesucristo el Señor nos ha hecho a caminar con Él, como sus discípulos misioneros, viviendo la comunión trinitaria en la Iglesia, que tiene su cumbre en la Eucaristía, principio y proyecto de nuestra misión como cristianos (cfr. DA 153). Que esta manifestación de fe, esperanza y amor a Jesucristo sacramentado, que por su Palabra y por su presencia en las especies sacramentales, nos congrega en torno a Él, nos haga gustar, profundizar y contemplar como Iglesia Diocesana, su misterio pascual.

Como Obispo y Pastor de esta Iglesia Particular, deseo y espero que este primer Congreso Eucarístico Diocesano, fortalezca la fe, la esperanza y el amor en Jesucristo Eucaristía, en todos ustedes hermanos presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, seminaristas y hermanas y hermanos laicos. A través de la oración, la adoración, el estudio, la reflexión y el compartir, busquemos juntos nuevos caminos para llevar a cabo una pastoral evangelizadora y misionera, que tenga siempre como fuente y cumbre la celebración eucarística. Hagamos nuestra la doctrina de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, cuando nos enseña que: *La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el Misterio Pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del Misterio Pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística. La Eucaristía fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero* (DA 251).

En comunión con toda la Iglesia en el mundo y en nuestra patria, como Diócesis de Atlacomulco somos conscientes de la inseguridad y violencia en que vivimos. Por lo cual les pido que con la intercesión de la santísima Virgen María, la Mujer Eucarística, nos propongamos alcanzar del amor providente de Dios, mediante nuestro Congreso Eucarístico el aliento y la esperanza, sobre todo, para quienes viven con miedo, dolor e incertidumbre. A fin de que aprendamos ante Jesús Eucaristía, la lección para anunciar el camino de la paz con la confianza puesta en la fuerza del amor. Que nuestra oración y reflexión acerca del misterio central de nuestra fe, nos lleve a meditar y a profundizar el lema: *Denles ustedes de comer* (Mt 14,16; Mc 6,37; Lc 9,13), que expresa en el lenguaje

bíblico el tema elegido para nuestro Congreso nacional y diocesano: ***La Eucaristía: mesa fraterna para la reconciliación y la paz.***

Hermanas y hermanos: que la participación en nuestro primer Congreso Eucarístico Diocesano, que hoy 20 de julio de 2011 inauguramos, motive e inspire nuestra preparación espiritual, para que en comunión con todos los católicos en México, vivamos el 5° Congreso Eucarístico Nacional, que se llevará a cabo en Tijuana, B.C., del 5 al 9 de octubre del presente año, con el cual, nuestra Iglesia en México, se preparará para participar en el 50° Congreso Eucarístico Internacional, que se celebrará Dios mediante, en Dublín del 10 al 17 de junio de 2012, con el tema ***La Eucaristía: comunión con Cristo y entre nosotros.***

+Juan O. Martínez García
Obispo de Atlacomulco

MENSAJE DE CUARESMA 2011

A mis hermanos: sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos.

Les saludo fraternalmente en Cristo Maestro y Pastor.

“Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6, 4).

En el ejercicio de mi ministerio episcopal, en nuestro peregrinar como Iglesia Diocesana, he percibido disponibilidad, apertura y buena voluntad en todos los bautizados y bautizadas que la integramos. Me ha motivado el entusiasmo que todos los agentes de pastoral manifiestan en el proceso evangelizador y catequético, sobre todo en los sacramentos de la iniciación cristiana. Por tanto, en este tiempo de gracia que se avecina, el Señor nos invita a profundizar en nuestra conversión pastoral, a fin de continuar participando con mayor entusiasmo, en la edificación del Reino de Dios en nuestra Iglesia Particular de Atlacomulco.

La cuaresma es un tiempo propicio de preparación para celebrar el misterio pascual, en el cual meditamos y contemplamos la pasión, la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo, centro de toda la vida Cristiana. La celebración litúrgica de este misterio, fuente y culmen de nuestra fe, debe llevarnos a todos, y de modo especial a los agentes de pastoral a ser signo de conversión, lo cual nos exige un conocimiento cada vez más profundo de la Palabra de Dios, para celebrarla cada día con mayor respeto y dignidad, viviéndola y anunciándola mediante el testimonio de nuestra vida diaria.

Este tiempo favorable de preparación para la pascua, nos impulsa a desarrollar con iniciativa y creatividad, el itinerario de nuestra vocación de discípulos y misioneros, para enriquecer la educación y la formación cristiana en nuestros hermanos, buscando nuevos métodos, a fin de que todos puedan vivir la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, al estilo de la primera comunidad cristiana. Dicho encuentro debe llevarnos a una experiencia comunitaria y de Iglesia, en donde la Palabra es escuchada y celebrada. Además, auxiliados por la oración, el ayuno y la limosna podremos enfocar nuestras prácticas cuaresmales hacia el ejercicio de la caridad y solidaridad para con los más necesitados.

Exhorto de modo especial a los hermanos presbíteros, a los hermanos diáconos y a los hermanos consagrados y consagradas, que hagamos de la cuaresma de este año, un tiempo favorable para reflexionar y profundizar la Palabra del Señor, alma de toda acción

pastoral, a tal grado, que con un nuevo ardor la escuchemos y demos razón de nuestra fe, pues es necesario que como servidores del evangelio anunciemos, a los hombre y mujeres de hoy, lo que conocemos y celebramos.

Finalmente, invito a todos ustedes, mis hermanas y hermanos en la fe, a asumir la actualización de nuestro Plan Diocesano de Pastoral, con espíritu de conversión y les suplico que lo valoremos como el itinerario formativo, para vivir el misterio pascual de Cristo en las familias, en las comunidades religiosas, en los movimientos laicales, en las parroquias y en los decanatos, de modo que, seamos una Iglesia Particular discípula y en misión permanente en los ambientes en donde urge que el evangelio se proclame, se anuncie y se encarne.

Que el Padre misericordioso, les conceda la fuerza del Espíritu que llevó a su Hijo a ser suyas nuestras debilidades y pecados, a fin de que, impulsados por él, vivamos nuestro proceso de conversión trabajando por la libertad, la justicia, la paz y el amor.

+Juan O. Martínez García

Obispo de Atlacomulco.

MENSAJE DE NAVIDAD 2010

A mis hermanos: sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos.

La palabra del Señor permanece eternamente Esta palabra es el Evangelio que se les ha anunciado a ustedes (1P 1,25).

Al vivir, por gracia de Dios, el inicio de mi ministerio episcopal en la conclusión del año litúrgico 2009-2010 y al dar principio al nuevo año litúrgico 2010-2011, me dirijo a ustedes hermanos, agentes de pastoral y a todos los demás fieles de mi amada Iglesia Particular de Atlacomulco, compartiéndoles mis deseos para que en espíritu de fraternidad y de comunión vivamos el misterio de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo.

Es para mí motivo de gran alegría constatar, en mi relación personal y comunitaria con todos ustedes, la manifestación de su buena voluntad por continuar avanzando en nuestro proceso de conversión, a fin de responder con mayor generosidad a los desafíos que la realidad actual nos presenta en nuestra misión evangelizadora permanente. El adviento, la navidad y la epifanía son momentos intensos de gracia que Dios nos concede para que nuestros proyectos pastorales se renueven y actualicen, por lo cual, exhorto a todos ustedes a que, en actitud de oración y corresponsabilidad, alcancemos de Dios abundantes frutos e n la profundización de la Palabra de Dios, de modo que nuestro plan diocesano de pastoral, que espero próximamente sea publicado, pueda ser el recurso por el cual logremos dar un paso más en nuestra pastoral orgánica, integral y de comunión.

Además el adviento, la navidad y la epifanía en nuestro caminar como Iglesia Diocesana, nos ayudan a disfrutar en un ambiente familiar la Palabra de Dios hecha carne y Pan de Vida. Les invito para que en nuestra persona, en nuestras familias y en nuestras comunidades parroquiales, esta Palabra de vida, nos haga sus oyentes y servidores, y que nutra cada día más nuestra fe, esperanza y caridad, a fin de que ninguna adversidad nos impida permanecer firmes e nuestro servicio del anuncio de este evangelio de amor, sobre todo, a quienes en nuestra realidad diocesana más les cuesta recibirlo.

Que la familia de Jesús, María y José, primera escuela del evangelio, sea para nosotros ejemplo que nos impulse a mantenernos fieles en todo aquello que desde hace casi 26 años, por la acción del Espíritu Santo, ha animado nuestra misión evangelizadora diocesana.

Que el Señor nuestra paz, sea nuestra felicidad.

Atentamente

+Juan O. Martínez García
Obispo de Atlacomulco.